

De las hablas o locuciones divinas en la obra de la Venerable Madre de Castillo

Escribe: DARIO ACHURY VALENZUELA

Santa Teresa nos dice en sus **Moradas** que una de las mayores mercedes con que Dios regala a sus almas predilectas, si bien peligrosa por los engaños a que puede dar lugar es aquel comunicarse El con ellas por medio de “unas hablas” de las cuales “unas parece vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma, otras de lo superior della (1), otras en lo exterior, que se oyen con los oídos porque parece es voz formada”. Luego advierte la ilustre doctora que “algunas veces, y muchas, puede ser antojo, en especial en personas de flaca imaginación u melancólicas, digo de melancolía notable; de estas dos maneras de personas no hay que hacer caso, a mi parecer “aunque digan que ven y oyen y estienden”, ni inquietarlas con decir que es demonio, sino oirlas como a personas enfermas... Porque si le dicen que es melancolía nunca acabará, que jurará que lo ve y lo oye; porque le parece así” (2).

Entra luego la Santa a hacer la distinción de tales hablas, las cuales pueden provenir de Dios, o del demonio, o de la propia imaginación. Vinieren de quien vinieren, no hay ningún mal en darles crédito, o no, si es que ellas se tienen como simple dádiva o como reconvención de faltas propias. Y aun cuando ellas proviniesen de Dios, no por eso ha de tenerse en más quien las escuchare, ya que el Señor habló, y no poco, a los fariseos, porque lo que importa es el modo como se saque provecho de tales locuciones del Señor.

¿Qué indicios o señales puede tener el alma para saber que tales hablas son de Dios? En primer lugar, el gran sosiego, luz y consuelo y certidumbre que ellas dejan en el alma. En segundo lugar, una gran quietud y devoto recogimiento que queda en la misma. El tercer indicio de su origen divino es el no poderlas olvidar en mucho tiempo, quedando como esculpidas en la

(1) Cf. *Afecto 349*, vol. I, p. 147, en *Afectos espirituales*.

(2) *Moradas sextas*, cap. III, 134-135, ed. Clás. cast.

memoria de modo casi perdurable, y aunque lo prometido por el Señor al alma en esas hablas tarde en cumplirse, y aunque en el entretanto el demonio mueva todas sus potencias para hacerle creer a la misma que todo aquello son ficciones de la imaginación, no por eso el alma perderá la fe, sino que creará, cada vez con mayor certidumbre, que algún día —quizás no muy lejano— el Señor cumplirá sus promesas, y llegado ese día, grande será su alegría.

Si las hablas provienen de la imaginación, ninguno de tales indicios o señales queda en el alma: ni gusto interior, ni paz, ni certidumbres. Solo que puede acontecer a algunas personas de flaca complexión o imaginación que, por estar muy absortas en la oración de quietud, nada sienten de lo que fuera de ellas acontece y sus sentidos se adormezcan tanto como si en realidad durmiesen. Es entonces cuando les parece que alguien les habla en sueños, e incluso ven gentes y objetos, atribuyendo a Dios tales locuciones o visiones. Se necesita tener mucha experiencia de las hablas de Dios —dice Santa Teresa— para no dejarse engañar por las que provienen de la imaginación.

Para saber si las hablas provienen del demonio, conviene proceder con sumo cuidado, sobre todo si ellas vienen acompañadas de las señales antes anotadas, que pudieran inducirnos a la certidumbre de que quien ha hablado es el Señor. En este caso, lo más prudente es acudir al confesor, comunicarle sus dudas, atenerse en un todo a lo que él aconsejare y procurar no seguir el propio parecer, por ser ello cosa harto peligrosa.

Puede el Señor también hablar al alma por medio de una visión intelectual. Entonces lo que oye que Dios le dice, lo percibe tan clara y distintamente el alma y tan íntimamente, que ese mismo modo de entender u oír es de por sí una garantía de seguridad y certidumbre de que quien habla es el Señor y no el demonio. Santa Teresa expone cinco razones que permiten al alma discernir si aquella habla o visión intelectual proviene de Dios, y no se trata de una añagaza del demonio o de una ficción de nuestra imaginativa.

Sería tarea demasiado prolija la de ir aduciendo aquí los numerosos pasajes en que santa Teresa nos habla de su experiencia personal mística, a través de las siete moradas de su castillo interior. Nos limitamos a los que se refieren a las hablas o locuciones, por ser muy frecuentes los pasos y sucesos de la vida de sor Francisca en que ella creyó percibir tales hablas o haber sido regalada con visiones intelectuales tales como las que menciona la reformadora del Carmelo.

En el caso de sor Francisca, no es ciertamente a nosotros a quien corresponde decidir si las hablas que ella escuchaba o creía escuchar provenían, en realidad, de Dios, o del demonio, o de su imaginación. Nuestra tarea es menos compleja y no de tan eminente responsabilidad: aducir textualmente las propias palabras en que Francisca nos transmite sus sensaciones, visiones, sueños, raptos y estados de alma, con el fin de que quienes están autorizados para ello vean si estos transportes corresponden a los enunciados y diferenciados por santa Teresa de Jesús, no solo en las citas que aquí se traen, sino en todas sus obras, singularmente en *Las moradas*, *El libro de su vida* y *El camino de perfección*.

Para los fines que en este escrito nos proponemos, solo importa saber si sor Francisca es una escritora ascética o mística, para lo cual es ineludible medir su obra por un rasero de tan indiscutible valor y autoridad en materia tan delicada, como lo son las obras de la egregia doctora de Avila.

Veamos ahora algunos textos de sor Francisca, tomados de *Su vida*, que pueden darnos alguna luz sobre el particular. En el capítulo IX, donde habla de la soledad y abandono totales en que la han dejado las criaturas y de los sufrimientos y enfermedades que padeció en los primeros años de su vida de claustro, refiere sor Francisca que “un día de aquellos, estando en mi retiro, procurando tener mi oración, en una breve suspensión, que no pude saber como fue, vi a la Santísima Virgen junto a mí con un niño recién nacido, y muy amable, que poniéndolo en el suelo, me decía: “Mira, este niño ha nacido para tí”. Y luego concluye sor Francisca: “Consolóme y me esforzó esto lo que no sabré decir”. (IX, 92).

* * *

“Algunas veces repetían en los oídos de mi alma, cuando más ocasiones de desprecios se ofrecía: *Ego autem humiliatus sum nimis*, y entendía aquello como si dijera: “de mí se dijo esto, y así me has de seguir”. (IX, 93). Y luego añade: “Esta luz que digo recibía para entender el oficio divino, no era de todo junto, ni cuando yo quería, ni porque lo escudriñaba; solo era de algunas palabras que hacían al propósito de la necesidad que mi alma tenía presente; y así encendían mi corazón y reducían mi voluntad, como daban luz a mis dudas y congojas; y sentía una cosa rara, y es que aunque los hombres más sabios y santos del mundo me hablaran en aquello mismo, no pienso que me podrían convencer, consolar y fortalecer, como aquellas palabras que entendía, unas veces eran breves, a medida de mi necesidad presente: como cuando hablando con algunas personas con sana intención, se levantaban ruidos y me decían cosas que yo no quisiera oír; entonces repetían entre mí misma, me parece: *Cum loquebar illis, impugnabant me gratis...*” (IX, 93).

Luego sor Francisca nos refiere los consuelos que en su alma dejaban aquellos regalos del Señor: “Unas veces entendía solo en una palabra tantos misterios, que si hubiera de escribirlos no cupieran en mucho papel, aunque pasada aquella luz, me quedaba a oscuras con mi padecer”. Y luego atribuye aquellos transportes a engaños de la imaginativa, cuando agrega: “y luego me parecía que con aquellos engaños de mi imaginación había de dar en mayores males, cosa que siempre temía mucho, y ha sido una de las cosas por que no me atrevía a pasar sin confesor particular que me guiara y alumbrara...”. (ibid., 94).

Con lo de consultar a un confesor, sor Francisca se ajustaba estrictamente al consejo de santa Teresa, de atenerse, en esto de las hablas y locuciones, al parecer de “un confesor letrado, avisado y siervo de Dios” (Moradas, “Moradas Sextas”, Cap. III, 141).

* * *

En cierta ocasión, cuando ejercía el cargo de portera, refiere cómo “una noche, que era miércoles santo, estando yo recogida en un rincón, mientras se cerraba la portería, lo sentí (a Nuestro Señor) tan cerca de mí, que casi tenía mi cabeza en sus rodillas reclinada; ... parecíame que le comunicaba a mi alma los tormentos que había de padecer al día siguiente, y las fatigas y congojas de su corazón, como si esto pasara en aquel tiempo en que sucedió la Pasión, y como “si hablara” y descansara un amigo con otro: así parecía que depositaba en mi pecho de víbora y basilisco sus cuidados y penas, y que mi corazón se partía y ardía en amor y compasión de tan benignísimo y amorosísimo dueño”. (XV, 122). Inmediatamente sor Francisca expresa, en forma interrogativa, las señales que dejó en su alma aquel acercamiento y comunicación del Señor: “¿Quién podrá sentir lo que el alma sentía, ni el trabajo y dolor con que volvió a entrar en los sentidos, que estaban como muertos”? (ibidem).

* * *

Corría el año de 1691, cuando “estando yo una tarde en un huertecito, y viendo una imagen de Nuestro Señor Crucificado, sentía como un desmayo, como que todos los huesos me los desencajaban, y mi alma me parecía que se iba deshaciendo, “entendiendo” el gran tormento que causó a Nuestro Señor cuando lo clavarón, al desencajarse los huesos de sus lugares...”.

Las consecuencias de esta visión intelectual las expone sor Francisca en estas palabras: “Yo estuve toda la tarde, y aún parte de la noche, como durmiendo, sintiendo una pena con grande intensidad, pero con grande regalo”. (XVII, 136-37).

* * *

Cuando en su autobiografía sor Francisca revierte el relato hacia los primeros años de su vida conventual, nos refiere cómo “a los dos años, o uno, de profesa, en yendo cayendo el sol, me iban faltando las fuerzas y mi alma se iba como desmayando o deshaciendo, de modo que yo no podía tenerme. ... Yo no sé si era el alma o el cuerpo el que se dormía. Muchas causas tuve para pensar que era enfermedad corporal, y muchas, al contrario, que se verán en lo que fuere diciendo...”. (XXII, 157).

Sería aquí el caso de aplicar lo que dice santa Teresa en sus *Moradas*, y a lo cual aludimos antes, o sea, que “podría acaecer, y aún yo sé de algunas personas a quien ha acaecido, estando muy embebidas en oración de quietud y sueño espiritual, que algunas son tan flacas de complexión u imaginación u no sé la causa, que verdaderamente en este gran recogimiento están tan fuera de sí que no sienten en lo exterior, y están tan adormecidos todos los sentidos, que como una persona que duerme, y an quizá es ansí que están adormizadas, como manera de sueño les parece que las hablan, y aunque ven cosas, y piensan que es de Dios, y deja los efectos, en fin como de sueño” (1). Concluyendo santa Teresa que para quien tiene harta experiencia de las hablas de Dios, no cabe duda que todo aquello proviene de la imaginación.

(1) S. Teresa, *Moradas Sextas* III, 140 (ed. cit.).

Pero la propia sor Francisca nos aclara, más adelante, el género de “suspensiones”, que su alma experimentaba:

“No eran estas suspensiones como otras que experimenté algunas veces que, en hablando mis confesores y oyéndoles hablar de Dios, se encendía mi alma en su amor y alegría, y se suspendían los sentidos o se embarazaban. En esto sentía varios accidentes: unas veces quedaba tan molida como si me hubieran deshecho los huesos; otras, con tantos dolores en el cuerpo, que me daba un temblor en pasando aquello...”. (159, *ibidem*) (1).

* * *

En otro pasaje de *Su vida* nos refiere sor Francisca cómo andando su alma con muchas ansias y deseos de Dios, cierta tarde alguien le pidió las llaves del sagrario para componerlo, entonces ella fuese allí a adorar al Señor Sacramentado, “y luego sentí un alboroto interior, una ansia y un salir de mí que los pasos que daba eran como en el aire y así estuve que para saber si había rezado maitines lo pregunté a otra, y me dijo había rezado muy bien”. (XXIII, 163).

* * *

Convaleciente de grave enfermedad, decide, en la mañana del 31 de julio de 1703, bajar al coro. Muy débil aún, reza sus maitines, y, estando en ello, ve que entre el Sagrario y el lugar en que ella oraba, se interponía un mar de sangre, con lo cual el Señor quería darle a entender que para llegar a El sería menester atravesar el mar de los padecimientos y tribulaciones. (XXIII, 166).

* * *

Otro día, oyendo misa, y disponiéndose a recibir la comunión, le parecía que san Ignacio de Loyola se la daba, pronunciando las palabras sacramentales, lo cual interpreta sor Francisca como una prevención o advertencia que el santo le hacía de que le esperaban grandes y dolorosas tribulaciones. (Ib. 166).

* * *

Enferma y atribulada, llega sor Francisca a la noche del 27 de agosto de 1703 —víspera de la fiesta de san Agustín—, en la cual sueña, teniendo un crucifijo sobre el pecho, que hace profesión ante el leño sagrado, apadrinada por san Francisco. Postrada, besa la cruz —bandera del rey— a tiempo que dice: “Santísima Cruz, yo te prometo que mis pies han de estar clavados en vos, mis manos fijas en vuestros brazos”. Al despertar se encuentra sana y empieza a ver la vida como la veía antes. (XXIV, 169).

* * *

(1) ...”y así algunas veces se me quitan todos los pulsos casi..., y las canillas muy abiertas y las manos tan yertas, que yo no las puedo algunas veces juntar; y así me queda dolor hasta otro día en los pulsos y en el cuerpo, que me parece me han descoyuntado”. (Santa Teresa, *Vida*, XX, 110, ed. Aguilar).

Por esos años de 1703, murió en el convento de Santa Clara una religiosa joven, con quien comunicaba sor Francisca con alguna frecuencia. Animábanla muchos y santos deseos de adelantar en la vida espiritual, pero tratos que aún mantenía con gentes del siglo, se lo impedían. Una noche, sor Francisca, hallándose recogida en su alcoba a causa de una de las muchas enfermedades que en vida la aquejaron, dice que vio —y no en sueños, porque “estoy en que no fue dormida”— que algunas personas pasaban por la puerta de su celda a aquella religiosa recién muerta, deteniéndose todas luego allí, mientras esta hablaba a su antigua compañera de claustro para declararle el mucho mal que le habían causado las visitas que gentes extrañas al convento venían a hacerle en vida. Mas no podía proseguir, porque quienes la ayudaban, le hacían seguir su camino casi con violencia. (XXIV, 170). Nada dice de los afectos que le hubieren quedado en el alma a consecuencia de este sueño, o lo que sea.

* * *

Sin precisar tiempo, ni si fue en sueños o en vela, sor Francisca nos habla de una “visión” que tuvo en la cual se le mostró una procesión de monjas coronadas de rosas, que andaban muy alegres. Decían ellas que iban por la madre abadesa, a quien sor Francisca vio muerta con una corona de rosas, puesta una mano sobre el pecho y caída la otra. Al cabo de de uno o dos meses de haber tenido esta visión, murió la madre abadesa. (XXIV, 172-73).

A vuelta de poco tiempo, le pareció a sor Francisca haber visto a la misma monja en las nubes con una bandera blanca en las manos (ibidem).

* * *

Dice nuestra monja de Santa Clara que alguna vez tratando con su confesor de los negocios de su alma y de Nuestro Señor, sintió en su interior tales consolaciones, que le transportaban fuera de sí y casi manteniéndola en suspenso por espacio de 2 o 3 días, “embebida (como estaba) el alma en aquella consolación y amor sensible”. (XXV, 174).

* * *

Danle a santa Teresa tan grandes ímpetus de amor divino, que desea morir para ver a Dios, buscando la vida en la muerte, como quien dice: “vivir muriendo”. Desengáñase entonces de lo que le habían dicho algunos de sus confesores cuando ella les comunicaba las visiones con que el Señor la agraciaba, o sea: que tales visiones eran obra del demonio y no de Dios. Con todo, cree santa Teresa que cuando el alma se halla embebida en la contemplación de tales visiones, debe pedir auxilio a la razón para que esta frene tales desbordamientos.

Una flecha hiere sus entrañas haciendo que el alma, atribulada por la ausencia del Señor, se aborrezca más y más por amor de Dios, y no acierte a saber qué es lo que desea y quiere, produciendo una sabrosísima pena incomparable con cualquier otro género de deleite, porque el alma quería estar muriendo de tan deleitoso mal. Gloria y pena juntas desatinan

a santa Teresa, quien no acierta cómo puede ser esto. No es que ella provoque esos deliquios de amor, sino que es el Señor quien la hiere y abrasa con el fuego de la centella de su divino amor, voluntariamente. Es en trances tales cuando santa Teresa se acuerda del versículo del Salmo 41: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*. (Vida, XXIX, 159^a, O.C., ed. Aguilar).

A este mismo versículo alude sor Francisca en un pasaje de su autobiografía en que refiere cómo en medio de uno de los desmayos que le daban, se vio de pronto como en un zaguán o sala espaciosa, donde unos padres dominicos cantaban al son de melodiosas arpas, unos versos que a ella le parecieron ser tomados del salmo 41, que comienza con las citadas palabras: "*Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum...*". (1).

Cuando sor Francisca vuelve en sí solo recuerda dos estrofas de aquel canto y que ella transcribe en el lugar citado (Su vida, XXV, 184) (2).

Bueno es recordar aquí el episodio referido por santa Teresa en el libro de sus *Relaciones espirituales* (3), según el cual, ella al escuchar en cierta ocasión un cantarcillo popular que ponderaba cuán recio era el sufrimiento de vivir sin Dios, se vio arrebatada en éxtasis. Según una nota del señor Lafuente en la edición que hizo de las obras de santa Teresa (4), dicho cantar era una letrilla que terminaba así:

*"Véante mis ojos,
dulce Jesús bueno;
véante mis ojos,
Muérame yo luego".*

Se supone generalmente que esta letrilla fue compuesta por la misma santa (5). El hecho ocurrió en Salamanca, en la Pascua de Resurrección de 1571, y a este episodio alude nuevamente S. T. en sus *Moradas*: "...verdad es que esta vez de todo perdió el sentido —dice la santa hablando en 3^a persona—, según vino con rigor (y estando en conversación, Pascua de Resurrección, el postrer día, y habiendo estado toda la Pascua con tanta sequedad, que casi no entendía lo era) de solo oír una palabra de no acabarse la vida" (6).

* * *

Por la época en que algunos de los parientes de sor Francisca quisieron que mudara de convento, pasando de Santa Clara al del Carmen, refiere ella que vio en sueños a santa Clara sentada en alto sitio, mientras que el demonio la rondaba asumiendo distintas figuras: de mono, de religioso,

(1) Cf. *Afectos espirituales*, I, 559, 201.

(2) Cf. estos versos con la poesía publicada en Parte II de los *Afectos espirituales*, vol. II, 334, ed. 1956.

(3) *Relaciones*, XV, 260 b., ed. Aguilar, O.C.

(4) Biblioteca de autores españoles, LIII, 154.

(5) La trae la citada edición en la pág. 510.

(6) *Moradas*, "Moradas Sextas", Cap. XI, p. 213, ed. Clás. Cast.

de dama peripuesta, y cuando no, de matachín. Sor Francisca, al contemplar esta escena, se arrojaba, llorando, a besar los pies de la santa, que los traía desnudos (XXVI, 189-190).

* * *

Para ponderar los grandes beneficios que implica la llamada absolución de la bula de la Santa Cruzada, sor Francisca cuenta el sueño en que se le mostró aquella madre abadesa, cuya muerte próxima se le había revelado en otro sueño, sumida en gran tristeza. Al preguntarle la causa de su pesadumbre, la abadesa contestole, por medio de un papel escrito que sacó del pecho, haber sido aquella el no haber recibido la absolución de la bula. Sor Francisca había creído que la abadesa estaría gozando de Dios, por lo mucho que se había hablado de su fin glorioso. (XXVI, 192).

* * *

En una de las varias ocasiones en que ejerció el cargo de maestra de novicias, y estando en ejercicios espirituales, el Señor le dio a entender el íntimo sentido del *"Venite, ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacob"* (Mich, 4, 2) o sea, que el mejor modo de guiar a sus novicias consistía en enseñarles las sendas del Señor por medio del ejemplo, estimulándolas y consolándolas cuando fuese necesario, y no por medio de la reprensión áspera ni del escándalo. En aquella misma ocasión diósele a entender el salmo 118 (XXVII, 195-196).

* * *

En el capítulo XXVII de Su vida, nos relata sor Francisca cómo cierto día, hallándose en oración, sin poder concentrar en algo su pensamiento, sintió que su alma se transportaba a un camino luminoso y apacible que conducía al cielo, y a cuya vera crecían las rosas y lozaneaban los trigales.

Agrega nuestra hermana, que no entendió por el momento el sentido y significado de aquel transporte, pero que sintió en el alma sus consoladores y benéficos efectos. (XXVII, 197).

* * *

Allí mismo habla de un género de martirio que por entonces padeció, consistente en unas incontenibles ansias de su alma por Dios, pero que ella no podía saciar por sentirse atada a unas recias cadenas, y que tantos fueron los gemidos que por esta razón exhalaba, que el Señor tuvo piedad de ella, haciéndose sentir tan cerca de su alma y de su cuerpo, que a sor Francisca le parecía que El dejaba caer su divina cabeza sobre sus flacos hombros de mujer. Nos lo describe como a Jesús adolescente, entre los 14 y los 15 años, de incomparable hermosura y con los cabellos tintos en sangre. Y concluye así nuestra monja el relato de su transporte amoroso: "Dejó tales efectos de su amor y deseo de padecer mucho por El, que en tres días no podía entrar en acuerdo. Otras cosas a este modo me pasaron en ese tiempo, que me hacían andar como fuera de mí, llorando continuamente unas lágrimas de consolación, que alegraban el alma y parecía la bañaban toda" (XXVII, 199).

* * *

Un día —no dice de qué año— tocan a capítulo. Entra sor Francisca a la sala donde este tiene lugar. Un notario, enviado por el vicario del convento, habla de un papel escrito por una lega. Nada dice sor Francisca de lo que este papel refería o contenía. De pronto, la madre abadesa, al ver a sor Francisca que entraba en aquel momento, se vuelve contra ella, olvidando todos los presentes del asunto que en capítulo los había congregado. La abadesa culpa a sor Francisca de muchas cosas, entre otras, de haber enseñado a escribir a las legas y novicias. Esta se defiende del “cargo”: a nadie he enseñado a escribir, excepto “a una (que) le eché un renglón de su nombre para que firmara en sus requerimientos, y eso, por pedírmelo aquella monja que estaba por mi superior en la enfermería”. A consecuencia de estas y otras inculpaciones que se le hicieron en este capítulo, quedó sor Francisca harto afligida y desconsolada, con la consideración de que siempre estaban contra ella prelados y vicarios, monjas y legas, novicias y criadas. Por ello, una noche, a la hora de maitines, vio súbitamente que el coro se convertía en “un río o pedazo de mar” y que las religiosas flotaban en sus aguas “como mosquitos o gusanitos”, y algunas —en singular la abadesa—, tras de dar algunas volteretas en el agua, se hundían y desaparecían. Con esto entendió sor Francisca que la prelada moriría dentro de breve tiempo, lo que así aconteció al cabo de dos meses. (XXVII, 201).

Poco antes de la celebración de este capítulo tumultoso, donde tantas cosas injustas se le enrostraron a nuestra monja, ella dice haber tenido una “visión” en que el Señor se le mostró con la cruz a cuestas, y al cuello una soga de la cual tiraba una persona de pequeña estatura, que sor Francisca no conocía, llevándolo al lugar donde luego había de celebrarse el alborotado capítulo conventual. (XXVII, 201-202).

* * *

En tiempo tan revuelto y lleno de novedades y consejas, dice sor Francisca que vio al Señor en el Sagrario, sentado en su trono, y que delante de él corría un río de aguas turbias, plagado de sabandijas que, al parecer de la monja, representaban a quienes van desalados en pos de las honras y riquezas del siglo. Luego, más alto, corría otro río, este de aguas purísimas y luminosas, donde flotaban seres trancos: caras muy hermosas aquí, brazos cercenados más allá, y troncos humanos a la deriva. La visión de este río interprétala sor Francisca como la dificultad que experimenta el alma de alcanzar la perfección en presencia de Dios. A espaldas del trono, vio, por último, otro río de aguas impurísimas, que arrastraba en su corriente “asquerosa basura”. La autora reconoce en este río y su caudal las culpas graves de los que se sumergen en él. De esta visión quedó, según lo dice ella misma, muy consolada, conociendo lo poco que valen las cosas de esta vida y que solo en Dios hay firmeza. (XXVII, 202).

* * *

En tiempos en que su alma experimentó grandes deseos de padecer y de humillarse, y estando un día orando, le pareció verse a sí misma —las espaldas desnudas, atadas las manos y los pies con recias cadenas de

hierro, y vendados los ojos—, a tiempo que la azotaban por orden de Nuestro Señor. Luego añade: “Yo recibí gran consolación con esto que ninguna otra cosa me la había dado tan grande”. (XXVIII, 203).

* * *

Luego cúmplense de sobra sus ansias de padecimientos, y así vese un día suspensa entre el cielo y la tierra, como cuerpo muerto. Debajo solo veía aguas turbias y revueltas, y arriba, un cielo preñado de tempestades. Con todo esto, dice, dábale a entender el Señor las angustias y tribulaciones que por aquellos días le acongojaban y de las cuales salió, al cabo de algunos meses, gracias a una visión que tuvo “en sueños” de la Virgen María, quien se le mostró cubierta con un velo, de pie, en la puerta que daba acceso a la grada de la iglesia, recitando con mucho fervor el *Visita quaesumus, Domine, habitationem istam*, y que al llegar al *et insidias inimici ab ea longe repelle*, los espíritus malignos huían furiosa y precipitadamente. Al despertar de este sueño, su alma sintiose muy consolada de las penas que la atormentaban por entonces y su sorpresa subió de punto cuando horas más tarde supo que la prelada del convento le había dado el cargo de gradera. (XXVIII, 204-205).

* * *

A raíz de muchos sinsabores y hartas penas que le causaban la aversión e inquina de sus compañeras de claustro, incansables en levantar sobre hablillas y chismes, deleznable fundamento, verdaderas torres de viento, estando un día muy atribulada oyendo misa, escuchó que el Señor decía al oído de su alma: “Semejante es el reino de los cielos, esposa mía, a un grano de mostaza” (1).

Los efectos de esta habla fueron, según propia expresión de sor Francisca los de una paz luminosa y de un gran alivio en su corazón, que la inducían a desear mayores padecimientos por amor a su divino esposo, quien por aquellos días la regalaba con la dádiva de un entrañable amor y de una inefable ternura hacia El y por El. (XXVIII, 207).

* * *

Discurre el año de 1709. Sor Francisca acaba de cumplir los 38 años de edad. Penosa enfermedad gástrica le ha postrado en el lecho. Cinco meses dúrale tan penosa dolencia. Pero durante ellos —y de esto parece vanagloriarse la venerable madre— ni un solo día dejó de asistir al coro, conformándose en esto con la voluntad de la madre Teresa de Jesús, quien en sus obras recomienda a sus monjas nunca dejar de asistir a él, so pretexto de enfermedad. Estando, pues, postrada y con agudos dolores, una noche dice haberle sucedido “una cosa que yo no he podido atinar con qué sería”. Repentinamente vio iluminarse la celda y que una luz —“del tamaño de una hacha”— duró más de una hora alumbrando. Y luego agrega

(1) Mt. 13, 31.

un poco conturbada: "Si fue alguna cosa natural o algún engaño del enemigo, yo no lo sé, ni hizo en mí, más que quedarme espantada y enterrecida". (Cap. XXX, 216-17).

* * *

En la semana santa de 1709 o de 1710 arreciaron tanto las persecuciones de las demás monjas contra sor Francisca, que ella se vio obligada a pasar, en una ocasión, la mayor parte de la noche en un rincón del claustro. Fue entonces cuando escuchó y se le dio el entendimiento de las palabras del salmo 141: "**Considerabam ad dexteram, et videbam: et nomen erat qui cognosceret me**".

Nada dice de los efectos que dejara en su alma el haber escuchado al Señor (XXXI, 223).

* * *

En la misma Semana Santa, un Miércoles Santo, sor Francisca ve en sueños a Cristo llevando su cruz auestas y que ella le seguía descalza y muy fatigada. El sueño tenía como escenario una ciudad de grandes calles empedradas, bajo un cielo que amenazaba tempestad. Al despertar, sor Francisca se siente muy reconfortada (XXXI, 223).

CONCLUSION .

Hemos aducido en este número del Boletín Cultural y Bibliográfico, algunos de los muchos pasajes de la autobiografía de la venerable madre Francisca Josefa de Castillo, en que relata o describe lo que a su entender eran mercedes sobrenaturales con que Dios regalaba a su alma para animarla a seguir en el difícil camino de su perfección espiritual. En cada caso, sor Francisca expone las consecuencias que en ella dejan tales gracias especiales, tales como hablas o locuciones divinas y vuelos del espíritu. El objeto de esta, acaso prolija, exposición de casos extraordinarios, no es otro que el de poner en evidencia cómo la hermana Francisca procuraba, casi siempre, explicarse los efectos que en su alma dejaban tales conmociones que ella tenía por carismáticas, acomodándose en un todo a las enseñanzas y preceptos de santa Teresa de Jesús en materia tan delicada como esta, para saber distinguir cuándo y en qué casos tales gracias y dones provienen realmente de Dios y cuándo del demonio o de la propia imaginación.

Si en la interpretación de lo que sor Francisca juzgaba ser mercedes sobrenaturales, graciosa y liberalmente otorgadas por Dios a su alma, anduvo ella acertada o equivocada, es materia mística litigiosa que escapa a nuestra competencia. Doctores tiene la sacra teología mística que os sabrán responder. Nuestra empresa es de subalterna condición: deslindar los episodios de una vida ordinaria de las peripecias extraordinarias de una vida espiritual, confirmando a estas el valor y el sentido que la propia protagonista les atribuye, con el fin de que la autoridad competente pronuncie su fallo imparcial. En litigio tal, poco o nada tiene que ver la crítica literaria.

Se trata, además, de mostrar aquí hasta qué extremo se impregnó sor Francisca de la doctrina esencial de la docta reformadora del Carmelo en lo que atañe a los diversos modos y grados de la oración y a sus manifestaciones externas, principalmente en cuanto se refiere a las hablas divinas, a los raptos o elaciones espirituales que de la oración misma se desprenden. Esta influencia teresiana se declara particularmente en el estilo de sor Francisca, quien, consciente o inconscientemente, imita las expresiones y giros literarios de su modelo, cuando de exponer tales mociones del alma se trata. A quienes estén familiarizados con el estilo de santa Teresa, no les será difícil percibir tales afinidades de forma y expresión, aunque nuestra monja clarisa no mencione explícitamente el manantial de clarísimas linfas en que ella sacia su inspiración.